

El malestar en el acuerdo

Cuando el pacto no logra silenciar al deseo

*La fisura en la cultura y la civilización:
una lectura sociológica de la repetición*

La repetición remite a aquello que insiste: no se trata de un simple retorno de lo mismo, sino de una recurrencia que adopta formas variables. Sin embargo, desde el punto de vista del sujeto, suele leerse como continuidad o identidad, como si en cada reiteración se preservara un núcleo estable.

Esta operación de lectura no es individual únicamente, sino que se encuentra mediada por marcos sociales que organizan el sentido y producen la ilusión de permanencia.

En el campo del psicoanálisis, la repetición adquiere un estatuto singular. En Freud, puede pensarse en relación con la reminiscencia, como aquello que permanece fijado y retorna más allá de la voluntad. No obstante, esta fijación no se da en el vacío: se inscribe en una trama cultural que delimita qué se recuerda, cómo se recuerda y bajo qué formas retorna lo reprimido.

A partir de allí, Lacan introduce una distinción clave. Por un lado, una repetición de orden simbólico, vinculada a la insistencia de la cadena significante. Esta dimensión puede pensarse sociológicamente como la reiteración de estructuras discursivas: normas, discursos y prácticas que se reproducen en el lazo social, configurando posiciones subjetivas relativamente estables.

Por otro lado, Lacan sitúa una repetición ligada a lo real: aquello que no logra inscribirse plenamente en lo simbólico y que, sin embargo, retorna como insistencia. Aquí se pone en juego la relación entre inconsciente y cuerpo, en el borde de la pulsión.

Es en este cruce donde la repetición se vincula con el malestar: no como accidente, sino como efecto de un límite estructural. La repetición señala ese punto, insistiendo allí donde el sentido falla.

El sujeto puede pensarse entonces como el anudamiento entre significante y cuerpo. Siempre queda un resto, un excedente que no se deja capturar por el lenguaje y que se manifiesta como malestar.



Lo políticamente correcto nos obliga a tolerar lo siniestro. El malestar insiste.

La renuncia pulsional puede pensarse como una condición de posibilidad de la cultura. La vida en común exige restricciones que hacen posible el lazo social, pero que al mismo tiempo producen malestar.

Desde esta perspectiva, el malestar no es una anomalía sino un índice: señala el punto en el que la cultura falla en suturar completamente la relación entre el sujeto y el lenguaje.

Así, el malestar en la civilización puede leerse como efecto de una tensión constitutiva entre inscripción simbólica y resto no simbolizable.

La repetición revela esa lógica: aquello que insiste y no cesa de no escribirse.

Lic Gustavo R. Rodríguez